

¿QUE ES EL HOMBRE CRISTIANO?

LA IRRUPCIÓN DEL CRISTIANISMO EN LA HISTORIA (*)

POR

LINO RODRÍGUEZ-ÁRIAS BUSTAMANTE

Profesor titular y Director del Centro de Investigaciones Jurídicas de la Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela).

SUMARIO: 1. El valor de la fe.—2. El método de Salvación.—3. Religiones estáticas y cerradas.—4. Jesucristo como centro del Cosmos.—5. El hombre hijo del Amor.—6. La agonía humana.—7. La proyección del «hombre comunitario» en la sociedad actual.

1. El valor de la fe.

La segunda crisis que se produce en el *mundo griego* no se iba a superar filosóficamente, como en tiempos de la sofística. Después del *neoplatonismo* y, concretamente, con las aportaciones especulativas de Plotino, la filosofía abre cauce hacia descubrimientos y soluciones que van a tener por escenario la vida religiosa. Descúbrese que es vano tratar de unir a los hombres por un *minimum filosófico*. Por pequeño, por modesto, por tímido que éste sea, dará siempre lugar a discusiones y divisiones. La crisis filosófica de la antigüedad sólo podía ser salvada desde el *ángulo de la religión*, haciendo entrar en la escena de la vida —con fuerza y pujanza hasta ahora desconocidas— *el valor de la fe*, que venía a galvanizar lo que ya a la razón le era imposible unir y resolver. Así se inicia el ciclo de lo que la historia nos ha

(*) Ponencia presentada al Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana celebrado en Embalse (Córdoba, Argentina), del 21 al 28 de octubre de 1979.

mostrado tantos ejemplos, enseñándonos «que la duda de la fe conduce al saber, y la duda del saber —tras un tiempo de optimismo crítico— otra vez a la fe. Cuanto más se emancipa el saber teórico de la aceptación del creyente, tanto más se acerca a su propia anulación. Lo único que queda es la experiencia técnica» (1). Pues no en vano añadió Dios a la luz de la razón la luz de la fe para perfeccionar y aumentar las fuerzas de la inteligencia a fin de hacer a ésta hábil en sus mayores empresas, puesto que así puede sujetarse el *juicio humano* a la divina autoridad, ya que de esta manera se reviste a la inteligencia de nobleza, agudeza y firmeza, con lo cual ejercita digna y utilísimamente la razón, por cuanto «sólo en las doctrinas reveladas puede beberse la verdad a boca llena, abrazándolas con todo el ardor de su espíritu» (2).

2. El método de salvación.

Luego la irrupción del Cristianismo en la Historia viene a significar que ya al hombre no le es suficiente buscar la verdad abstracta, es decir, un método de conocimiento, sino que necesita un *método de salvación*. Y éste sólo puede alcanzarse por las vías de la religión. Únicamente dentro de ésta van a encontrar respuesta segura y adecuada las incoherencias de las especulaciones filosóficas. Es cierto que se hallaban ya en Sócrates, Platón y Séneca, verdades parciales de la verdad total que viene a proclamar el Cristianismo; pero aun juntando esas partes de verdades que están en los filósofos citados sólo obtendríamos un equivalente de la verdad eterna: y es que nadie puede obrar esa separación entre lo verdadero y lo falso en los sistemas de los filósofos, a menos que por anticipado conozca la verdad, lo cual

(1) Oswal Spengler, *La decadencia de Occidente*, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, trad. M. García Morente, 1941, vol. IV, pág. 18.

(2) León XIII, «Aeterni Patris Filius» (4 de agosto de 1879). Sobre la restauración de la filosofía cristiana, *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, Madrid, Acción Católica Española, 1955, ed. 4.ª, páginas 561, 563 y 566.

es imposible si Dios no la enseña por la *revelación*, esto es, si el hombre no la acepta por la *fe*. Porque «un hombre busca la verdad valiéndose únicamente de la razón, y fracasa; la fe le ofrece la verdad, la acepta, y, luego de aceptarla, la halla satisfactoria para la razón» (3). Esto nos conduce a un permanente retorno a las fuentes de la *filosofía escolástica*, como medio de alcanzar un aumento del saber y un gran auxiliar para todas las ciencias humanas, inclusive de las mismas *ciencias físicas*, tan apreciadas hoy y tan admirables por tantos inventos, debido a que su fructuoso ejercicio e incremento exigen no tan sólo el examen de los hechos y la mera observación de la naturaleza, ya que de los hechos se ha de subir más alto y hay que investigar profundamente para conocer la *esencia de las cosas corpóreas*, para descubrir así las leyes a que obedece, como los principios de donde proceden su orden y unidad en la variedad, y la mutua afinidad en la diversidad (4).

Se ha sostenido que San Agustín se convirtió al neoplatonismo más bien que al Cristianismo; pero los que tal hecho afirman desconocen que el Cristianismo significa esencialmente adhesión a un método de salvación. Por eso San Agustín nos relata en sus «Confesiones» que, a su juicio, el vicio radical del neoplatonismo reside en la ignorancia en que nos deja de la doble doctrina del pecado y de la gracia que nos libre de él. Por tanto, se puede demostrar que el platonismo ejerce influencia en la evolución *intelectual* de San Agustín; mas toda su doctrina nos niega que dicha adhesión pueda confundirse con su conversión. «Bien está que Plotino nos aconseje que nos desprendamos de nuestros sentidos, dominemos nuestras pasiones y nos adhiramos a Dios; pero, ¿acaso es Plotino quien nos dará fuerzas para hacerlo? ¿Y de qué sirve saber sin poder? ¿Qué médico es ése que aconseja la salud sin conocer ni la naturaleza de la enfermedad, ni la del remedio? «La conversión de San Agustín no se perfecciona am-

(3) Etienne Gilson, *El espíritu de la filosofía medieval*, Buenos Aires, ed. Emecé, S. A., 1952, págs. 27, 28, 31 y 36.

(4) León XIII, *op. cit.*, pág. 573.

pliada y acabadamente, sino por la lectura de San Pablo y la revelación de la gracia: «Pues la ley del Espíritu de vida en Jesucristo me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (5). De donde, que en la religión cristiana todo se valora en función de la *exigencia divina*, disponiéndose que el hombre realice sus actividades sociales relacionándolas con su creencia religiosa, prolongando el acto de fe en el comportamiento cotidiano (6), desde el momento que —como ha escrito Juan Pablo II en su primera encíclica *El Redentor del hombre*— el ser humano no puede renunciar a sí mismo, ni al puesto que le es propio en el mundo visible, ni puede hacerse esclavo de las cosas, ni de los sistemas económicos, ni de la producción y de sus propios productos, ya que en lo que se refiere al hombre se trata —como ha dicho un filósofo contemporáneo y como ha afirmado el Concilio— no tanto de «tener más», cuanto de «ser más» (7). Pues a la postre el *quantum* es una pesada carga que impide elevar el vuelo hacia el seno de Dios.

3. Religiones estáticas y cerradas.

Hasta la aparición del Cristianismo, las religiones eran estáticas y cerradas. No se descubría en ellas una voluntad de perfeccionamiento y enriquecimiento. La religión venía a reducirse casi siempre a ritos puramente externos, a prácticas en que domina el formalismo. Así, cerrada la sociedad, apenas podía funcionar, porque era una comunidad que debía vivir entre las otras y no se dejaba «penetrar». Se aplicaba con carácter ominoso el calificativo de «extranjero» para quienes son extraños a dicha comunidad. Los profetas habían conseguido abrirla, mas sólo hacia sí misma. Lo que la mayoría del pueblo esperaba era *su* Mesías, no *el* Mesías. Cristo, por el contrario, abre el camino de salva-

(5) Gilson, *op. cit.*, pág. 35.

(6) M. Fraigneux, *El cristianismo es revolucionario*, Madrid, ed. Atenas, 1955, pág. 26.

(7) Caracas, TRIPODE, 1979, pág. 52.

ción para todos. Por eso, como la condenación de Sócrates, la de Jesús estaba «nacional-históricamente» justificada, pues resultaba difícil de comprender para aquellos seres acostumbrados a aguardar al Hijo de David y a pensar que las palabras de los profetas sólo podían ser entendidas dentro de su propio pueblo, que apareciese quien, llamándose Hijo de Dios, era a la vez Hijo del Hombre, proclamando a los cuatro vientos: «Id y haced discípulos en todas las naciones, bautizándolos en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (8).

Es la señal divina de la apertura espiritual a la dignidad de todos los hombres, particularmente —como ha dicho Juan Pablo II— a los más necesitados y a los más débiles (9), es decir, a los pobres del Evangelio.

4. Jesucristo como centro del cosmos.

Hablamos de Cristo, de Jesús, del Mesías, porque a El se debe la pujanza, la grandeza y la pervivencia del Cristianismo; sin El este mensaje de amor y de sabiduría que es el Cristianismo no hubiera existido, y el hombre en la actualidad se hallaría aún en las tinieblas, por lo menos desde el punto de vista espiritual. «Sin la persona de Jesús llamado Cristo, no se concibe el Cristianismo. Su divino ejemplo llena los Evangelios. Suprimid la "individualidad histórica" del Mesías y anonadaréis el Cristianismo» (10). Aquí se pone doblemente de manifiesto el papel importante que juega el *hombre creador* en la sociedad, en la cultura y en la historia, y en el caso concreto de Cristo decimos doble, atendiendo a su naturaleza divina y a su genialidad hu-

(8) San Mateo, XXVIII, 19. Y, añade, «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo».

(9) *El Redentor del hombre*, Caracas, TRIPODE, 1979, pág. 48.

(10) Antonio Caso, *La filosofía de la cultura y el materialismo histórico*, México, 1936, págs. 25 y sigs.; M. Fraigneux, *op. cit.*, pág. 26, y José Ferrater Mora, *El hombre en la encrucijada*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1952, pág. 130.

mana. ¿Cómo hubieran existido el mahometismo sin Mahoma y el cartesianismo sin Descartes? «Haced abstracción de Marx, y el marxismo, que por alguna razón así se denomina, se habrá también anonadado. ¿Cómo podría ser un mero accidente en la evolución de una doctrina social, moral o religiosa, quien principal y eminentemente la engendró?» (11). La presencia de Cristo en la tierra, y con El, la aparición del Cristianismo, es el más rotundo mentís a la afirmación marxista del *materialismo histórico*. El hombre — y con más razón el Dios Hombre— es sujeto creador, teniendo poder de libre determinación para marcar rumbos a la Historia. Es por eso que, como ha expresado Juan Pablo II, el Redentor del hombre, Jesucristo, es *el centro del cosmos y de la historia* (12). Así, el Concilio Vaticano II, en su análisis penetrante «del mundo contemporáneo», llegaba al punto más importante del mundo visible: el hombre bajando —como Cristo— a lo profundo de las *conciencias humanas*, tocando el misterio interior del hombre, que en el lenguaje bíblico, y no bíblico también, se expresa con la palabra «corazón». Cristo, Redentor del mundo es Aquel que ha penetrado de modo único e irrepitible, en el misterio del hombre y ha entrado en su «corazón». Justamente, pues, enseña el Concilio Vaticano II: «En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir (Rom 5, 14), es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente al *propio hombre* y le descubre la sublimidad de su vocación» (13). Porque la unión de Cristo con el hombre, que es en sí misma un misterio, conlleva el nacimiento del «hombre nuevo» (14), quien en nuestro tiempo acentúa su visión y su misión cósmica, por cuanto tiene *tres dimensiones* —como escribe Alberto Caturelli—:

(11) Antonio Casso, *op. cit.*, páginas citadas.

(12) *Ou. cit.*, pág. 3.

(13) *Ibid.*, pág. 24.

(14) *Ibid.*, pág. 68.

hacia abajo, en cuanto a todos los asume; horizontalmente hacia el *tú*, en cuanto religado con él, y hacia arriba, en cuanto religado al Infinito. Desde esta persepctiva, el cosmos se encuentra «humanizado» y, verdaderamente, *es* por el hombre (15). Pareciera, pues, que nuestro tiempo se abre a un nuevo impulso y profundización *evangelizadora*, en la que el «hombre cósmico» lo llena todo y está en el umbral de emprender una nueva «hazaña espiritual» —inspirado en las fuentes de la divinidad y de su genialidad— para reestructurar su vida, la sociedad y el mundo a la luz de los sempiternos principios del Evangelio y de la doctrina de Cristo.

Téngase presente que en el Cristianismo convergieron todas las fuerzas eficaces de religiosidad que había producido el mundo antiguo. *Se despierta un deseo de nueva existencia espiritual con la quiebra del Imperio romano*. El paganismo ya no satisface las ansias internas de un mundo estructurado más humanamente. Fue el destino quien aplastó a los dioses y la vida serena y alegre dedicada a su servicio. Se revela un espíritu superior en el hombre con la religión cristiana. Se va a investir a la persona de una *dimensión espiritual*, capaz de desobedecer al Estado, cuando éste no cumple con su deber de justicia. A la vez, se le enseña al hombre que puede hallar en la vida ultraterrena una felicidad plena que le es imposible conquistar en la sociedad temporal. Así, el hombre adquiere con el Cristianismo *conciencia de la universalidad e infinitud*, alcanzando con ello su personalidad un rango no soñado en las épocas precedentes de la historia. Por eso se ha escrito que, desde este momento, *Dios* va a ser el *eje* en torno al cual gire la *historia universal*, «La historia llega hasta aquí y parte de aquí. En esta religión hállanse resueltos todos los enigmas y revelados todos los misterios» (16).

Croce publicó, en el último fascículo de *La Crítica* (1942), un estudio intitulado «¿Por qué no podemos no llamarnos cris-

(15) *La Filosofía*, Madrid, Ed. Gredos, 1977, ed. 2.ª, pág. 137.

(16) Hegel, *Lecciones sobre la filosofía de la Historia Universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1953, t. II, pág. 228.

tianos?», en el que reconoce que «el Cristianismo ha sido la mayor revolución que la humanidad haya jamás llevado a cabo, tan grande, tan comprensiva y profunda, tan fecunda en consecuencias, tan inesperada e irresistible en su aparición, que no nos maravilla que haya parecido o pueda aún parecer un milagro, una revelación de lo alto, una intervención directa de Dios en las cosas humanas, que de El han recibido leyes y directivas nuevas» (17). De aquí que el Cristianismo haya significado la *línea divisoria en la historia de la filosofía*, como lo es en la historia general de la cultura, por lo menos de la cultura occidental... Con razón se ha dicho que desde entonces todo modo de existir tiene algo que ver con el Cristianismo, que «desde esa fecha el europeo ha sido muchas veces anticristiano o ex-cristiano, pero na ha sido más a-cristiano» (Luis Legaz y Lacambra).

5. El hombre hijo del Amor.

Esta novedad grandiosa del Cristianismo débese a su perspectiva religiosa, presentándose en el mundo más que como una doctrina filosófica, como una *predicación de amor y salvación del hombre*. No es extraño, pues, que muchas veces haya sido considerado como opuesto a la filosofía. Empero, ¿qué es lo que nos ofrece el Cristianismo? El se coloca como *una piedra de escándalo* entre el judaísmo y el helenismo. Los judíos quieren la salvación conquistada por la rectitud de la voluntad y una certeza obtenida por la luz natural de la razón. ¿Qué les trae a unos y otros al Cristianismo? *La salvación por la fe en Cristo crucificado*; es decir, un escándalo para los judíos, que reclaman un milagro de gloria, y a quienes se les ofrece, en cambio, la infamia de un Dios humillado; una locura para los griegos, que reclaman lo inteligible, y a quienes se les propone el absurdo de un Dios-hombre, muerto en la cruz y resucitado de entre los

(17) M. F. Sciacca, *Dios y la Religión en la filosofía actual*, Barcelona, Ed. Luis Miracle, 1952, págs. 64-65.

muerdos para salvarnos. Lo que el Cristianismo opone a la sabiduría del mundo es, pues, lo impenetrable, el *escándalo misterioso de Jesús*, porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad de Dios más fuerte que la fuerza de los hombres (18). O sea, según el pensamiento de San Pablo, *el Evangelio es una salvación, no una sabiduría*. Sin embargo, su aserto no es totalmente cierto, desde el momento mismo que al proclamar la bancarrota de la sabiduría griega, propone súbito sustituirla por otra, que es la persona misma de Jesucristo. Resultaría, pues, mejor decir, que la salvación que el Cristianismo propone es, a los ojos de San Pablo, la verdadera sabiduría, y eso precisamente porque es una salvación (19).

Entonces es cuando al Amor se le reviste de toda su grandeza, porque viene a dar sentido a todos los actos humanos, ya que el mismo hombre es hijo del Amor en cuanto que Cristo, en una acción espontánea y querida, hace derramar su sangre para la *redención del género humano*, con lo cual el amor pasa a ser concebido como *el resultado de una exuberancia*, «por la cual el amante se desprende de lo que posee y da a quien no posee» (20).

6. La agonía humana.

Luego la tensión continua a que vive sometido espiritualmente el hombre es necesaria para que avive la marcha de su perfección y le hagan superar, por consiguiente, los estados de marasmo y de seguridad aparente. El hombre necesita más que nada luchar consigo mismo si quiere alcanzar una convivencia social más humana y feliz. Es por eso que se ha dicho en el Concilio Vaticano II sobre él: «Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuerza de cria-

(18) San Pablo, *Iad Corinth.*, I, 19-25.

(19) Gilson, *op. cit.*, pág. 29.

(20) José Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1951, pág. 47.

tura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas solicitudes, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere hacer y deja de hacer lo que querría llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provocan en la sociedad» (21).

Pues el hombre refleja en su constitución los varios elementos integrantes del mundo que le rodea (físico, orgánico, síquico) y por eso vio en el Demócrito un *microcosmo*, un compendio del universo; pero supera también el mundo que le rodea, en cuanto que posee un alma racional espiritual. A esta dimensión racional, espiritual, de su ser, debe el hombre el puesto preeminente que en el cosmos ocupa, la dignidad que su libre albedrío le confiere (22). Pues en la naturaleza humana se sintetizan todas las perfecciones de los seres inferiores, y, a la vez, participa de las de los superiores, tendiendo a una semejanza más perfecta con Dios, lo cual le coloca en un lugar privilegiado en el orden de la creación. Sin embargo, el alma humana, que es perfectísima respecto de todos los seres inferiores, a la vez ocupa el ínfimo lugar en la *escala de las sustancias intelectuales*, teniendo que suplir con el conocimiento sensitivo las deficiencias del intelectualivo (23). De todos modos, los avatares a que se halla sometido el género humano, por sus conflictos internos, por sus tensiones entre el amor y el odio, propios de su naturaleza agónica, no justifican los errores de nuestro tiempo, consistentes en pretender desconocer lo *eterno en el hombre*; pues ocurre que sus facultades espirituales, aun cuando estén particularizadas e individuadas en su contextura ontológica, tienen una tensión hacia lo universal, se abren a una panorama de trascendencia. Este lo sin-

(21) Juan Pablo II, *op. cit.*, pág. 44.

(22) Antonio Truyol, «Derecho natural», en *Nueva Enciclopedia Jurídica*, Barcelona, Ed. Seix, 1950, t. I, pág. 784.

(23) Guillermo Fraile, *Historia de la Filosofía*, Madrid, BAC, 1966, t. II, pág. 972.

tetizó Novalis en aquellas palabras: «Ser hombre es tanto como ser universo».

Habida cuenta de lo anterior, lo natural sería que el hombre gozase de un *camino de perfección infinita*. En la actualidad, no obstante, la vida humana se ha puesto imposible de soportarla, por aquello de que las condiciones del hombre se hacen cada día más inhumanas. Como ha escrito Jacques Maritain, «parece que si las cosas continúan en ese sentido, la tierra será habitable —según la vieja expresión de Aristóteles— únicamente para las bestias o para los dioses» (24). Y ello está sucediendo así porque se ha matado lo *trascendente* en la vida personal. La persona individual ha abdicado en provecho del *hombre colectivo* y, como secuela, se ha endiosado a la sociedad, en vez de buscar razonablemente una integración entre la *personalización* y la *socialización*. Y por esta abdicación hemos cortado nuestra relación con el infinito, nos hemos aislado del universo o, si se quiere hablar más concretamente, hemos renegado de Dios (25). Entonces nos encontramos viviendo la tragedia de que las enormes conquistas técnicas logradas y proyectadas para el futuro no van de acuerdo con el *progreso moral y espiritual del hombre*, quien trocado en un ser hedonista está obsesionado por el placer como último fin de su vida. En este contexto —como señala Juan Pablo II—, el hombre, en cuanto hombre, ¿se desarrolla y progresa o por el contrario retrocede y se degrada en su humanidad? ¿Prevalce entre los hombres, «en el mundo del hombre», que es en sí mismo un mundo de bien y de mal moral, el bien sobre el mal? ¿Crecen de veras en los hombres, entre los hombres, el *amor social*, el respeto de los derechos de los demás —para todo hombre, nación o pueblo—, o, por el contrario, *crecen los egoísmos* de varias dimensiones, los nacionalismos exagerados, en lugar del auténtico amor de patria, y también la tendencia a dominar a los

(24) *Humanismo integral; problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad*, Santiago de Chile, 1947, pág. 43.

(25) Arthur Koestler, *La época del anhelo*, Santiago de Chile, 1951, págs. 156-157.

otros más allá de los propios derechos y méritos legítimos, y la tendencia a explotar todo el progreso material y técnico-productivo exclusivamente con finalidad de dominar sobre los demás o en favor de tal o cual imperialismo? (26). Es evidente que en estas circunstancias —como recoge muy certeramente Juan Pablo II—, «el hombre, por tanto, vive cada vez más en el miedo» (27). Y es que vive sumergido y esclavo del marco de una *civilización consumística*, que consiste en un cierto exceso de bienes necesarios al hombre, a las sociedades enteras —y aquí se trata precisamente de las sociedades ricas y muy desarrolladas—, mientras las demás, al menos amplios estratos de las mismas, *sufren el hambre*, y muchas personas mueren a diario por inedia y desnutrición. Asimismo, se da entre algunos un cierto *abuso de la libertad*, que va unido precisamente a un comportamiento consumístico no controlado por la moral, lo cual limita contemporáneamente la libertad de los demás, es decir, de aquellos que sufren deficiencias relevantes y son empujados hacia condiciones de ulterior miseria e indigencia (28). En definitiva: el hombre de nuestra época ha olvidado que siempre necesita el *freno de la moral*, pues ésta es la única que puede hacerle triunfar de su agónica naturaleza humana, convirtiéndole en un ser de grandeza. Así, recordando la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre el pecado, León XIII advierte que «la posibilidad de pecar no es libertad, sino esclavitud», ya que al pecar el hombre «es movido por un agente exterior, no obra por su propia naturaleza». Y, concluye: «... es lo que había visto con bastante claridad la filosofía antigua, especialmente los que enseñaban que sólo el sabio era libre, entendiendo por sabio, como es evidente, aquel que había aprendido a vivir según la naturaleza, esto es, de acuerdo con la moral y la virtud» (*Libertad*, 5: Al 8,21)7 (29).

(26) *Op. cit.*, pág. 49.

(27) *Ibid.*, pág. 46.

(28) *Ibid.*, pág. 54.

(29) José Luis Gutiérrez García, *Conceptos fundamentales en la doctrina social de la Iglesia*, Madrid, Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, 1971, t. II, pág. 273.

¿QUE ES EL HOMBRE CRISTIANO?

Pues es incomprensible que el hombre de nuestro tiempo, pleno de atributos intelectuales y orgulloso de sus grandes conquistas técnicas y materiales, haya perdido de vista que por su propia esencia espiritual se encuentra *unido a Dios por el cordón umbilical de la creación*. No comprende que es una estulticia pretender romperlo, ya que al hacerlo se hunde más en la miseria, propia de su misma configuración humana. Por eso es menester motivar al ser humano para que de una vez por todas comprenda y acepte su *ser cristiano*, para que pueda volver a retomar su auténtico *sentido cósmico*, hoy día que abiertamente hemos tomado conciencia del espacio y del mundo extraterrestre, para lo cual nada puede ayudarnos más que la *visión universalista y trascendente del Cristianismo*. Porque, proyectado en la universalidad, el hombre tomará más conciencia de su autonomía, de su ser espiritual, que le ha sido otorgada para ejercer su *libertad*, mediante la cual únicamente puede tomar conciencia de sí mismo, por cuanto que la libertad no es tan sólo un dato sociológico, sino un hecho ontológico, vale decir, en cuanto *ser del hombre*.

Pues tan sólo en la libertad el hombre podrá encontrar el medio adecuado para superar la agonía siguiendo el camino señalado por los mandatos divinos. Claro es que se entiende que en lo más profundo de esta *conciencia libertaria* debe anidar siempre el sentido de la *responsabilidad moral* de que nos habla Juan Pablo II (30), que habrá de asumir el hombre para el cumplimiento de su destino. Ya que, llegada la hora del «juicio final», podrá escuchar serenamente el veredicto del Juez Supremo cuando le diga: «Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vististeis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme». Entonces es también natural que tú, hombre justo, respondas: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento

(30) *Op. cit.*, pág. 57.

y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y recibirás la misma respuesta por El: «En verdad os digo que cuantas veces hicisteis eso a uno de mis hermanos menores, a Mí me lo hicisteis» (31). Empero esta escena optimista está lejos de ser válida para nuestra época, en la que más bien tiene cabida aquella admonición dura y tajante que pronunciaran los labios divinos: «Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno» (32), sencillamente porque —como observa Juan Pablo II—, «todos sabemos bien que las zonas de miseria o de hambre que existen en nuestro globo, hubieran podido ser «fertilizadas», en breve tiempo, si las gigantescas inversiones de armamentos que sirven a la guerra y a la destrucción, hubieran sido cambiadas en inversiones para el alimento que sirvan a la vida» (33).

7. La proyección del “hombre comunitario” en la sociedad actual.

Ciertamente que es veraz el pensamiento de Alberto Caturelli —recogido más arriba—, cuando contempla al hombre en triple dimensión humanizando así el cosmos. Este hombre que es capaz de someter a los seres inferiores, de religarse con Dios y de dialogar con los otros hombres, es nuestro *hombre cristiano*, con hambre universal y con sed de humanidad. Es, por eso, que al «hombre cósmico humanizado», que vislumbra Caturelli, hemos de imprimirle una nueva proyección para que pueda llevar a cabo eficazmente la *evangelización* de la sociedad actual, es decir, hemos de hacer de él un «hombre comunitario cósmico» a fin de superar los conceptos del «hombre individualista» y del «hombre colectivo» que hemos conocido históricamente. Porque, tanto el uno como el otro, han roto el cordón umbilical de la

(31) San Mateo, 25, 31-40.

(32) *Ibid.*, 25, 41.

(33) *Op. cit.*, pág. 58.

Creación, convirtiendo así al ser humano en un naufrago que vive a la intemperie, cuando el hombre nunca debe dejar de ser persona aun cuando viva en el seno de la sociedad.

El hombre individualista ha sido hecho para vivir en solitario, dando rienda suelta a su egoísmo y sin importarle para nada las cosas de los demás. De allí que cuando hoy día se agolpa en las grandes urbes nos aparece atolondrado y sin saber a qué atenerse, movido por impulsos y anárquicamente. Y por lo que se refiere al hombre colectivo, se ve que ha sido hecho para vivir en rebaño y manipulado por resortes, que le han convertido en un autómatas que es manejado a control remoto, sin la más mínima expresión de iniciativa individual y absolutamente aprisionado en la gran telaraña tejida por el *leviatán* estatal.

Entonces, ¿qué es el *hombre comunitario* al cual investimos de los atributos cristianos y aspiramos a que se «derrame» por el cosmos con un sentido de humanidad? Es aquél que ha sabido tomar conciencia de su existencia sensitiva, intelectual y espiritual «en comunión» con los otros hombres sin hacer dejación de su propia personalidad, a pesar de su «amplia dimensión social» (34). Es el hombre que contempla Juan Pablo II como «ser comunitario y social en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda humanidad» (35); pues la exigencias de la socialización de nuestro tiempo no están en contraposición con las múltiples iniciativas sociales que —de acuerdo con el pensamiento de Juan XXIII— habrán de gozar de una autonomía efectiva respecto de los poderes públicos para alcanzar sus intereses específicos con relaciones de real colaboración mutua y con subordinación a las exigencias del bien común, presentando dichos organismos forma y sustancia de verdaderas *comunidades*, a fin de que sus respectivos miembros sean en ellos considera-

(34) Lino Rodríguez-Arias B., *¿Dios a muerto?*, Madrid, Ed. Euramérica, 1957, pág. 65.

(35) *Op. cit.*, pág. 43.

dos y tratados como *personas* y sean estimulados a tomar parte activa en su vida (36).

Pues en este mundo alocado de hoy, el hombre tan sólo ubicado en el marco de las comunidades, está en capacidad de tomar conciencia de su propia dignidad y de su propia seguridad en una relación de participación en la obra divina mediante el amor y la caridad. La caridad que es el corazón de la vida cristiana. Gracias a ella circula por la vena de todas las virtudes la vitalidad misma de Dios, que nutre y perfecciona la vida nueva de sus hijos (37). *Participación con un sentido comunitario* —como miembros de la comunidad humana— y al servicio de la revolución de Cristo, por la redención de los pobres del cosmos. Sin rehuir el sacrificio de la Cruz, que no sólo lleva a la muerte, sino a su posible traducción en vida; ni temer a la soledad del Calvario, que es reveladora de la transformación de la soledad del pecador en libertad de conversión, de amor y de obediencia (38). Y de rebeldía, cuando el orden social instaurado es injusto a la luz de la ley natural. Todo ello sin desmitificar y circunscribir a Cristo en lo humano a su contenido histórico, temor que apunta Juan Vallet de Goytisolo al referirse a los movimientos sociales de nuestro tiempo (39), pues no se trata de hacer de Su figura un agitador revolucionario, sino una fuente perenne de Amor y de Justicia inspiradora de las acciones humanas de los hombres cristianos. Porque «en nuestra época —escribe Juan Pablo II— ha crecido enormemente la conciencia social de los hombres y con ella la necesidad de una correcta participación de los ciudadanos en la vida política de la comunidad, teniendo en cuenta las condiciones de cada pueblo y del vigor necesario de la autoridad pública. Estos son, pues, problemas de primordial im-

(36) *Mater et Magistra*, Panamá, Acción Católica de Caballeros, 1961, pág. 17.

(37) A. Huerga Teruelo, «Caridad, II», en *Enciclopedia Ger*, Madrid, Ed. Rialp, 1971, t. 5, págs. 87 y sigs.

(38) Manuel José Rodríguez M., «Jesucristo, III», en *Enciclopedia Ger*, Madrid, 1973, t. 13, pág. 457.

(39) *Más sobre temas de hoy*, Madrid, 1979, pág. 111.

portancia desde el punto de vista del progreso del hombre mismo y del desarrollo global de su humanidad» (40).

A este respecto, tenemos que organizar a los grupos humanos en *comunidad de participación*, que suponen una estructuración asociativa de las empresas, una motivación de las conciencias para ello y la dignificación de la persona humana. Ya que participar implica el criterio de colaborar los hombres en las tareas comunes. Esto no es nada fácil conseguir, ya que cada cual —frecuentemente— tan sólo se interesa por aquello que le afecta personalmente, mejor dicho, que le atañe a su egoísmo individual. Es por eso que, como ha dicho Juan Pablo II, «no se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica, si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones» (41). Y en esta dirección, de hallarse predispuesto a abrir sus «esquemas mentales» hacia los demás semejantes, el mejor situado es el cristiano, que al encontrarse unido a los otros hombres por el principio de la caridad, sobrepone a su acción egoísta su actividad comunitaria de «amor al prójimo», que es una consecuencia natural de la «fraternidad cristiana», como miembros de filiación divina, por cuanto que todos los hombres somos hijos de Dios, hijos del Espíritu y, en última instancia, como ya dijimos más arriba, hijos del Amor. Siamo iguales entre sí en el amor y en el goce de los bienes y en el derecho a la paz social, a la justicia y al bien común, que son los pilares sobre los que se levanta la *ciudad de Dios* (42).

Únicamente procediendo así conseguiremos que la *sociedad actual* se enrumbe por los caminos de la paz social, en una organización de convivencia humana, en la que el hombre cristiano vuelva a enarbolar la antorcha de la justicia, para motivar fra-

(40) *Op. cit.*, págs. 63-64.

(41) *Ibid.*, pág. 56.

(42) Lino Rodríguez-Arias Bustamante B., *¿Qué es el hombre?*, Filosofía y Derecho. Estudios en honor del profesor José Corts Grau, Universidad de Valencia, España, Secretariado de Publicaciones, 1977, t. II, pág. 42.

ternalmente a todos los hombres a que depongan sus odios, envidias y rencores, a fin de que, mediante una «acción comunitaria», construyan una Nueva Sociedad, en la que al prevalecer el bien común se salvaguarden la dignidad y la libertad de la persona humana.

**BREVE SINTESIS DE MORAL SOCIAL, NATURAL
Y CRISTIANA**

FOR

MIGUEL IBÁÑEZ PEREZ

- I. DOCTRINA SOCIAL CRISTIANA
- II. PRINCIPIO DE NO CONTRADICCION
- III. LIBERTAD, DIGNIDAD, RESPONSABILIDAD
- IV. PROPIEDAD PRIVADA Y BIEN COMUN
- V. CUERPOS INTERMEDIOS Y PRECEPTO MORAL DE SUBSIDIARIEDAD
- VI. EL ERROR MODERNO